

Memoria

Los adolescentes del Cordobazo*

Carmelo: Cuando fue el Cordobazo yo recuerdo estudiantes de las pensiones haciendo barricadas por la calle Ituzaingó, los vecinos ayudando. Hice la primera "pintada" con una tiza en la pared de un pasillo, algo contra Onganía, no recuerdo bien. Yo iba a primer año del Deán Funes y empecé a hacer unos panfletos a mano, solo, con hojas de cuaderno, y los tiraba por la ventana del aula al patio... los firmaba con la sigla OCA, Organización Comunista Argentina ¡que no existía! y una vez llamé a una concentración en la puerta del colegio a las cinco de la tarde... y sólo encontré una persona, un militante de ASENSA (Agrupación Secundaria Nacional) que era la rama del PSIN (Partido Socialista de Izquierda Nacional) de Abelardo Ramos... era el "post-Cordobazo"... Recuerdo que poco después del Cordobazo un chico de mi curso me mostró en una hoja recortada la sombra del Che Guevara...

- ¿Sabías algo del Che en esa época?

- Comentarios, de oídas, recuerdo el comentario de una maestra particular "lo mataron al Che ¿será cierto?"

* A comienzos de 1994 cuatro voces, ahora adultas, dialogaron sobre cómo recordaban la jornada del 29 de mayo de 1969.

El menor de los convocados tenía, entonces, 10 años; el mayor, 15. Sus nombres: Alberto Assadourian, Carmelo Díaz, Sergio Schmucler y Gonzalo Vaca Narvaja.

Alberto: Algunos recuerdos del día mismo del Cordobazo. Yo tenía quince años. Los días previos recuerdo que buscaba en la columna gremial de *La Voz* lo que se refería a una jornada de protesta que se iba a realizar y fundamentalmente las referidas al SMATA y así participé en asambleas que se realizaban en el local del sindicato, sin que yo tuviese algo que ver con la organización gremial, recuerdo especialmente la última asamblea o reunión de delegados: un orador remarcaba que había que garantizar el paro y concurrir al acto de cualquier forma que sea porque era necesario expresar la situación de los trabajadores. Quise llegar puntualmente a la plaza; era un día de sol, salí de mi casa y mi madre al verme me dice que no vaya al acto que me pueden matar. La miro y le digo que no, que no va a pasar nada y que al mediodía estaría de vuelta. Cuando estoy por llegar a la plaza veo policías montados por todas partes que impedían pasar... fue mi primera impresión fuerte de ese día. Hasta entonces nunca había participado en una

ESTUDIOS • N° 4
Diciembre 1994

Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

protesta, pero estaba acostumbrado a las noticias de las manifestaciones estudiantiles. Me alejo hacia la terminal vieja y me quedo en la esquina de la avenida y Laprida porque allí observo un grupo de muchachos con aspecto universitario. Había gente parada en los alrededores y yo estaba con la expectativa que se haría de una forma u otra el acto, que habría oradores y aplausos... Al rato observo un motociclista que llega y avisa a uno que estaba parado en la esquina que ya habían salido de la fábrica y que marcharon hacia el centro, pero la policía los interceptó con gases y tuvieron que desviarse de la avenida que bajaban por La Cañada con la consigna de llegar al centro y hacer el acto. Pasado un tiempo aparece por calle Laprida el motociclista avisando que la columna fue reprimida cuando llegaba al boulevard San Juan y que habían matado a un compañero... se trataba, como lo supe después, de Máximo Mena, el primer mártir de ese día. Esta noticia encendió los ánimos y uno de los muchachos del grupo de aspecto universitario abrió un bolso y comenzó a arrojar volantes mientras todos se ponían a gritar una consigna: "Luche, luche, luche, / no deje de luchar / por un gobierno / que sea popular". Un grupo de policías montados se acerca desde la plaza y ordena dispersarnos. Esto provocó una mayor concentración de gente en torno a la esquina. La policía vuelve a ordenar la dispersión y amenaza atropellar con los caballos. Ante esto y especialmente por parte de los jóvenes universitarios (sus volantes estaban firmados como aun, Agrupación Universitaria Nacional), se inicia una tirada de objetos diversos contra la policía que se repliega unos cincuenta metros, se reagrupa y vuelve a avanzar con las pistolas desenfundadas y efectuando disparos. En ese momento pensé en retirarme del lugar pero inmediatamente me encuentro -casi impensadamente- en medio de la gente y recuerdo la sensación de ese momento: me veía a mí mismo tomando una piedra en medio de la calle. Había comenzado una situación totalmente desbordada. Uno de los impactos de bala de la policía mata a una persona cerca de la terminal vieja —creo que fue la segunda víctima de ese día—, nosotros seguimos arrojando objetos diversos e intentamos una barricada. La policía se va retirando hacia la plaza y parte de nosotros nos vamos por Laprida hacia el boulevard San Juan, bajando por La Cañada. En esa intersección simultáneamente se produjeron enfrentamientos con la policía, que también se replegaba hacia la plaza. Ocupamos el área, en medio de numerosos manifestantes heridos: recuerdo a un hombre de edad y flaco, que tenía perforada la garganta y a quien ubicamos en una moto con carrito que lo llevó al Hospital de Urgencias. La gran mayoría de los manifestantes, en esta zona, ya eran obreros de la "Fábrica Grande", como se le decía entonces a la KAISER O RENAULT... Era la columna donde había venido Máximo Mena.

Retirada la policía, corría el comentario que habían entregado las armas en el Cabildo, se expande la ocupación de las calles hacia barrio Observatorio, Güemes, Bella Vista, etc.

Carmelo: Mi situación en esa época estaba bastante determinada por comentarios que escuchaba a mis mayores. Uno, era el de la Ley de Alquileres, que aparecía como un tema muy, muy jodido que beneficiaba a los grandes propietarios. Yo escuchaba a familiares míos putear a Onganía por la Ley de Alquileres. Otro comentario, era el de la simpatía con los quilombos estudiantiles del Barrio Clínicas, que venían ya desde el año '67. Luchas callejeras, conflictos. La simpatía de uno tenía que ver con esos comentarios que se escuchaban de los adultos, ¿no? ¿Escuchaste consignas alusivas al peronismo, a Perón?

Alberto: En los lugares que describo, donde estuve, no. Eran consignas contra Onganía, contra la policía y prevalecían en boca de los universitarios "Luche... por un gobierno que sea popular" y "Con la lucha popular a Onganía derrotar". Había un odio generalizado contra la represión; recuerdo que en la esquina del boulevard y La Cañada los obreros tramaban cómo sorprender algún policía y desarmarlo, cómo encontrar una armería próxima, con una intención de venganza inmediata, estaba muy viva la muerte del compañero Mena de hacía pocos minutos, y numerosos heridos. La bronca fundamental de la gente era por estos "baleados" y porque no dejaron hacer el acto en la plaza. En el suceder posterior de estos hechos, no crecieron las consignas políticas, tampoco hubo formas de organización elaboradas.

Carmelo: Agustín Tosco al relatar el Cordobazo dice que no fue espontáneo totalmente, sino que hubo reuniones preparatorias e incluso que se coordinó entrega de armas cortas.

Alberto: Creo que hubo distintos planos de participación en el Cordobazo, que no hubo un perfil único de sus protagonistas. En aquellos momentos yo tenía como referente principal, como "usina" convocante, a los obreros de la "Fábrica Grande" y trataba de participar en torno a ellos —yo no era obrero, era estudiante del Monserrat—, y lo hacía en forma absolutamente individual. Claro que hubo otros estratos de participantes que sí tenían niveles de organización: los gremios como LUZ Y FUERZA, las agrupaciones universitarias y sindicales, tal vez algunos círculos de militantes barriales. Mi registro es que los niveles organizativos tuvieron un rol inicial y a escala agitativa: panfletos, consignas, "miguelitos" y "molos". Esto fue preponderante, por ejemplo, en el amotinamiento que hacemos en la esquina de Laprida y Vélez, ante el primer embate de la Montada; pero recuerdo perfectamente que cuando se pone en retirada a la policía, sólo se arrojaban piedras, sillas o mesas de los bares, carteles de publicidad, y que nadie tenía nada de envergadura para enfrentar los disparos policiales y era patente que no había ya ninguna "molo", se las buscaba desesperadamente. Era patente que allí no había armas: como dije, la gente con bronca quería desarmar algún policía. En esta parte inicial no hubo respuesta con balas de parte de los manifestantes.

Sergio: Yo me acuerdo que los estudiantes tiraban "bolitas" a las patas de los caballos para que patinen, o a veces echaban gatos a los perros de la guardia de Infantería o contra el pecho de los caballos de la Montada. Yo vivía en la bajada del Parque Las Heras y desde mi casa veía el humo de las barricadas y los líos, pero nuestras madres nos escondían, nos obligaban a estar adentro —tenía 11 años— y recuerdo que en un momento escuchamos gritos desesperados y balazos. Eramos varios chicos, teníamos los oídos pendientes de lo que se decía, estábamos fascinados y con unas ganas terribles de salir a la calle, aunque sea para tirar "bolitas"...

Alberto: Recuerdo que fuimos a una estación de servicio buscando nafta para molotovs, y el dueño nos dice que no había más e ingenuamente nos retiramos; en realidad nadie quería forzar la entrega del combustible. Además, de todas partes se transmitían informaciones sobre lo que pasaba: esto era una cosa de transmisión como en los panales de abejas y en general prevalecía la idea de que nadie retrocedía, que todo el mundo se sumaba, que en todas partes se frenaba a la represión, que "estábamos ganando". La segunda oleada de in-

formación fue cuando se avisa que ya no había policías, que en el Cabildo habían entregado las armas. Fue un momento de sensación de ser dueños de la ciudad, de que no estábamos bajo ningún control represivo... era una sensación de cima de montaña... todos los vecinos estaban en la calle. Rato después vimos pasar un camión del ejército, con boinas rojas, a lo lejos, y comenzó otra oleada de información: que aparecía el ejército, pero que se quedaba lejos y no se metía. Después de esto se fue aplacando la ocupación de calles, pero recuerdo los supermercados cercanos a la bajada San Roque: era un verdadero hormiguero de gente, un zumbido de colmena, vaciando de comestibles esos grandes depósitos. Apareció una idea vaga de guardar comestibles "por las dudas".

- ¿Por las dudas qué?

- No había claridad de por qué, era una idea muy vaga de que esto se podía prolongar, que había que pasar la noche, que había que controlar la esquina... que podíamos quedar sitiados varios días.

- ¿Había chicos de tu edad?

- No, no había muchos, excepto en los supermercados donde las viejas iban con sus hijos a sacar arroz, azúcar, yerba, etc.

Sergio: ¿Era una idea de sentirse dueños de la ciudad?

Alberto: Esa era la idea, fue fuerte alrededor de las tres de la tarde, luego empieza a languidecer lentamente.

Sergio: Dueño de la ciudad, ¿no? De pronto un niño podía sentirse parte de eso... enfrentándose a la policía... en una situación de miedo... conquistando espacios que normalmente se conquistan con dinero, como las cosas del supermercado: de pronto vas y sacás, "robás", una transgresión absoluta...

Carmelo: ¿Qué influyó para que teniendo 15 años estés ahí sin sentirte horrorizado por lo que pasaba?

Alberto: En ese momento, el "chico que miraba al que tomó la piedra" ya había desaparecido, estaba el "chico que tomó la piedra" y en una dimensión totalmente distinta a la habitual, en una conciencia distinta...

Sergio: En todo ese andar por el centro, en esas circunstancias, ¿te hiciste de algún amigo, conociste a alguien?

Alberto: Vi algunos conocidos que trabajaban en la "Fábrica Grande", pero no conversamos. Era como que sabíamos en qué estábamos metidos y todo era un concierto espontáneo de informaciones precisas —todo lo demás era consabido— y bullía un sentimiento de fraternidad, no una identificación política. Pero este clima va variando hacia el transcurrir de la tarde, se produce un momento de inflexión después de las cinco de la tarde: uno observaba lo que "ya" se había hecho y estaba además muy mermada la participación de la gente; ahora las voces eran más de alerta... en medio de ese momento sentí ganas de volver a mi casa, con naturalidad, sin ningún sentimiento de culpa o temor. En la bajada San Ro-

que le pido a un motociclista que me lleve hasta La Cañada, él me pregunta cómo habían sido las cosas por allí. Me bajo en La Cañada y Duarte Quirós, hago unos pasos y me sorprende una patrulla del ejército que estaba cuerpo a tierra; un suboficial me pregunta qué estaba haciendo y le digo que en todo el día no pude cruzar el centro para ir a mi casa; me pregunta dónde vivo y me lleva hasta otra patrulla y así de una en una me cruzan todo el centro y me dejan del otro lado: ¡protegido por el ejército salí hasta mi casa! Lentamente tomaba conciencia de lo que había ocurrido; pero recién al otro día, con las fotos del diario, tomo plena conciencia de que se había hecho un "Cordobazo", y me voy identificando con ese protagonismo. En el barrio, cuando llegué, todos los vecinos preguntaban cómo fue y circulaban rumores de todo tipo, en una dimensión superior a la que yo había vivido: aparecía una dimensión distinta del hecho, un significado mental enorme para la gente... Esa noche y al día siguiente se da otra fase del Cordobazo: la represión del ejército, los "avioncitos" de observación y las ametralladoras pesadas; la respuesta de algunos francotiradores.

Sergio: ¿Allí surge un deseo de participar en política, después de esa participación inconsciente?

Alberto: Creo que surge un compromiso de hecho y una búsqueda de comprensión de lo hecho. Yo ya tenía una simpatía por el socialismo, pero fue una realidad tremenda la de ese día que la sintetizo en ese momento de desdoblamiento en que vacilo y me veo tomando una piedra; después era como actuar embargado por un magnetismo envolvente que yo ahora diría una "fuerza histórica". Creo que esas situaciones, generalizadas, marcaron la historia posterior de toda una generación y de una etapa del país.

Gonzalo: Creo que, en la propia adolescencia, encontrar nexos transgresores comunes entre muchos era el cauce por donde uno podía encaminar cierta ambigüedad, despertar contradicción interna, que se resolvía inconscientemente. Había "algo" que impulsaba y hacía que uno realice todo tipo de cosas que estaban prohibidas, con el temor de hacerlo y el desafío, incluso uno sentía que si no lo hacía no cumplías con lo que tenías que ser; era un ideal muy romántico. Creo que más tomaba uno de lo que escuchaba que de lo que elaboraba reflexivamente. Esos lazos de fraternidad eran para componer algo fuera del hogar, hacia un mundo lindo donde sonaban ideas como la del hombre nuevo; yo venía de una familia de conciencia cristiana, y me imaginaba un mundo donde todos éramos iguales y se podía... qué sé yo: coger libremente, ponele; pero empujaba con una situación histórica que le daba otras connotaciones, otra contundencia, porque se conecta hasta con situaciones mundiales ¿no? No sólo nos imaginábamos las cosas de acá. Hago un paralelo muy absurdo, porque la adolescencia tiene muchas cosas absurdas y bellas, que suponen una concepción diferente del mundo más allá de las ideologías y del medio donde uno haya estado; hago un paralelo absurdo entonces, entre lo que yo veía del Cordobazo desde la terraza de mi casa y la imagen del primer hombre que pisa la Luna en la cara oculta, que yo veía por televisión. Dos cosas que estaban en el "aire"... creo que en la adolescencia se asocian todas las imágenes aunque sean muy distintas unas de otras y que luego las circunstancias empujan, activan, surgen esos instantes de decisión como el de la piedra, ¿no? Había un sentimiento de rebeldía heredada, sin tantos motivos de rebelión propia del adolescente como por ejemplo los hay ahora.

Carmelo: Me parece también interesante el deseo de aprender: recuerdo, después del Cordobazo, que en un cuaderno ponía lo que no me gustaba y lo que quería, haciendo síntesis.

Gonzalo: Yo sintetiqué cuatro veces el manifiesto comunista; hice cuatro manifiestos más, esa era mi síntesis. Pero creo que aunque sea urticante, que era un hecho determinado por razones ajenas a la reflexión propia, por la circunstancia de ser delegado de curso, por una historia familiar o por querer sentir que soy peronista (lo que ahora veo que nunca fui) para cubrir algún lugar que quedaba libre... toda la estructura gira alrededor de que vos sos socialista, peronista, comunista, pero que no es una reflexión propia sino que nos mete dentro de ésa preexistente o sobreexistente y que va distribuyendo roles, pero en el inicio el hecho es espontáneo, transgresor, tal vez influido por una duda sobre el sexo —que era tabú—, que se conectaba con el ansia de saber más allá de un nivel formal.

Sergio: Vuelvo a esa idea de “adueñarse de la ciudad”: un fenómeno extraño de que la sociedad civil se haga cargo de ella, de pronto las leyes y la organización social se desbordan y uno se siente absolutamente dueño... me acuerdo que la primera vez que hice una pintada —mucho después del Cordobazo— con aquellos tizones era igual que ir a una fiesta y volver a la madrugada: era natural, era de amigos, era una ilusión de ser dueños de esa pared y hacíamos lo que queríamos o debíamos hacer. Tal vez inconscientemente cumplía mi deseo de haber estado en esas fogatas que escuché o vi de lejos del Cordobazo; cuando escuchaba a un francotirador en la terraza del edificio. La idea, las ganas de “adueñarse de la ciudad” era la ilusión de toda la militancia, inicialmente, ser dueños del centro de estudiantes era una excusa para sentirse dueño y tomar decisiones. Los que tiraron “la piedra” marcaron que realmente la ciudad podía ser otra, fue haber visto o imaginado por un segundo que todo podía ser distinto. Después, desde otro contexto, decíamos un discurso abarcativo y explicativo, pero en el fondo el impulso era esa ilusión de “adueñarse de la ciudad”. Nosotros salíamos del fin de clases y lo asociábamos al Cordobazo: “azo, azo, azo... se viene el Cordobazo”, retornábamos siempre a esa ilusión. Yo hice séptimo grado libre para entrar pronto a la secundaria y poder participar; el deseo era ése, “adueñarse de la ciudad” y asociaba imágenes idolatradas: Salamanca, Tosco. Pero ubico un período: del '69 al '72 estaba claramente la idea-fuerza del Cordobazo, era lo más claro. Luego vino otro momento, de numerosas agrupaciones en el secundario, por ejemplo.

Alberto: Creo que en muchos de los que estuvimos en el Cordobazo, detrás de ese “adueñarse de la ciudad” estaban las imágenes del mayo francés... suponíamos que iba a haber un reconocimiento hacia los manifestantes. Dos días después del Cordobazo volvía al centro a curiosear: la impresión mayúscula fueron los impactos de munición gruesa en las paredes de los edificios, en algunos balcones: el terror nocturno de la represión haciendo retroceder el desafío diurno del Cordobazo. En la noche el ejército ordenaba apagar las luces de los edificios e iluminaba con potentes reflectores. Se me grabó esa imagen: el terror de la noche, oscuro y violento; y registraba el día como de un reclamo de justicia, libertad, solidaridad: creo que quedó eso como matriz de una percepción de la vida política posterior al Cordobazo.

Carmelo: Ahora bien, ¿cuáles eran las lecturas que hacíamos los adolescentes dos o tres años

después del Cordobazo? Recuerdo como mis primeras lecturas políticas, hacia mis catorce o quince años, los cuatro tomitos del Che. *El Estado y la Revolución*, de Lenin, el *Manifiesto* y algo después el *ABC del socialismo* de Leo Huberman.

Sergio: Mi literatura era *Nippur de Lagash*, *Gilgamesh*, la ciencia ficción de Minotauro... pero creo que de alguna manera era una literatura revolucionaria. Estaba enamorado de la ciencia ficción: la fascinación de las historietas constituían en mi cabeza las sociedades utópicas del futuro. Había cuentos de Ray Bradbury que eran para mí muy revolucionarios; me acuerdo de un cuento del sur de Estados Unidos donde dos viejos blancos ven pasar a los negros que se iban de la tierra hartos de la explotación y llegaban a la Luna a construir un mundo nuevo. Esto yo lo relacionaba con esos otros transgresores que aparecieron en las calles de Córdoba: los *hippies*, que decidían no trabajar en ninguna fábrica para no ser explotados...

Alberto: Creo que en esa literatura fantástica aparece la consigna del mayo francés de "la imaginación al poder", el derecho a la fantasía, a pensar el futuro e imaginar la realidad distinta de lo que es, era ya un acto de rebelión.

Gonzalo: Creo que es importante desmitificar una figura construida que es el militante de esa época, en un sentido, porque de una forma u otra se endiosó como lo perfecto a lo que uno tenía que tender. Con una carga que era la de los muertos-héroes que se adosaba, con un compromiso de sangre. Por otro lado, ese oscurantismo que se dice que existía también se daba dentro de la militancia cuando se censura que alguno lea el *Nippur* despectivamente, como de pequeño burgués; se deja la espontaneidad, quizás anárquica, de la expresión, de la alegría y se empieza a querer darle una organización, lenguaje y código —paradójica y absolutamente comunes—. Así se empezaba a ocultar partes de uno mismo, por ejemplo el placer de leer poesías, para encuadrarse dentro de una personalidad ya prefijada. Nosotros fuimos adultos siendo aún chicos. No podíamos pensar en decir que concebíamos el amor de una forma —no podías masturbarte ni ir con una prostituta—, ni siquiera tenías tiempo para ponerte de novio aunque parezca una deformación. Entonces había otro oscurantismo, dentro de la propia militancia. No te vinculabas esencialmente. Mi primer volante fue una cosa poética: me dijeron que era una boludez; fue mi primer impacto, mi primer "cierre": lo que al principio era libre, espontáneo, lineal, empezó a tomar un viso de realidad que a la vez me alejaba de mí mismo como lo hacía el propio sistema, pero pensaba que era mejor esto, seguía de alguna forma el impulso social. Este desdoblaje adolescente me resulta aún hoy curioso.

Sergio: Todos sufrimos una terrible contradicción permanente de estar atados a la militancia con una fascinación mitológica, para reproducir la conquista del espacio, y por otra parte cada vez más alejados de ese dominio. Nosotros nos sentíamos y decíamos hijos del Cordobazo. Y seguíamos dispuestos a conquistar ese espacio aunque ya no hubiese vecinos que ayudaran. Lo decíamos con orgullo. Y paralelamente sufríamos las otras mitologías: el dibujito del Che lo hacía hasta para enamorar a una mina... y era lindo el perfil del Che, era hermoso... queríamos poner su nombre a la escuela y a una calle... había en nosotros una necesidad de encuentro con algo que había pasado y que nos había llegado tarde. Nuestro sentimiento de rebeldía, evidentemente, se cargaba con la bronca de otros que no tenían quince años: Mena, los estudiantes del Clínicas. Cuando lo matan al Che, yo me li-

braba de la noticia creyendo que el Che estaba debajo de mi cama, que allí lo cuidaba... la poesía también tuvo que ver: los *20 Poemas de Amor* de Neruda. Había un deseo lúdico en todo esto; además en las agrupaciones establecíamos lazos de amistad muy fuertes con una intensidad que no se vivía fuera y era parte de nuestra vida política.

Alberto: Me retrotraigo hacia esa tarde del Cordobazo cuando al volver a casa la gente me rodea para saber qué había ocurrido: me queda una sensación de liderazgo, de ser distinto; mientras que sólo unas horas antes me había masificado completamente. Lo mismo pasa unos días después en el Monserrat: el profesor de literatura suspende su clase y propone que hablemos del Cordobazo: yo ni menciono que estuve allí, pero definiendo el sentido del Cordobazo frente a varios alumnos que lo denuncian como una falta de respeto al ejército. Recuerdo que algunos decíamos que finalmente el pueblo había tomado conciencia de que el gobierno militar no estaba a su servicio. Pero en el transcurrir de los días, tanto en el barrio como el colegio, prevalecía un volver a la normalidad, a la pasividad, y frente a ello yo maduraba que no, que no se podía volver atrás y que había que vanguardizar con una voluntad militante. Creo que allí comienza un proceso de abandono de una perspectiva individual y asumir otra voluntad de diferenciación ya que continuaba la misma dictadura, donde no se podía expresar libremente. Comienza un proceso de ascetismo militante de entrar a modificarse a sí mismo, de exigirse siempre más y aparece esa voluntad militante que como aquí se dice llevada a un extremo contacta con posiciones de mística extrema deformante; pero en otro aspecto mantiene cosas esenciales del ser humano: no era "desnaturalizado" sino "natural" y primitivo estar embelesado ante un afiche del Che como ante un fetiche, como un hombre primitivo que con la contemplación de una imagen o cosa quiere la captación mágica de su fuerza. Creo que éste es el proceso místico como vertiente en la formación de la personalidad del militante, y que llega a límites extremos justamente por la carencia de democracia, de libertad, para el desarrollo de la persona. ■

Aguafuerte

La Piedra, el Asceta y la Imaginación

Alberto Assadourian

La Piedra

"Quien mire atrás suyo y no encuentre pecado, que arroje la primera piedra", reza la parábola evangélica, con extraña permisividad. (Asombra aún más la habilidad de Jesucristo para convertir un acto masivo en una responsabilidad individual).

Golpee el hombro de una prostituta o un casco pretoriano, la piedra ataca la articulación de la superestructura social. El factum brutum no requiere de una disposición fisiológica distinta a la del animal que hace cientos de miles de años fue eslabón de nuestra evolución biológica. Inscripto en nuestro desarrollo histórico, tan sujeto a la actuación de ideas, convenciones e instituciones, el factum pone en tensión la dualidad del zoon-politikon; la polarización explicita las formas complejas en que lo politikon ejerce soberanía sobre el brutum fisiológico en que inevitablemente existe.

La soberanía de lo politikon es asociativa; la irrupción del zoon es disgregante de una forma dada de relaciones intersubjetivas. La soberanía de la individualidad fisiológica —material— se constituye en regresión ontológica del ser social. Con sus escasos gramos de historia geológica y leyes físicas de gravedad, la piedra es reclamo de soberanía de lo politikon cuando golpea el cuerpo de la prostituta, o del zoon-brutum desligándose de una intersubjetividad que no satisface sus apetencias.

En un marco dado de poder patriarcal o machista, si la piedra lapida a la madre-hembra interrumpe una regresión de las relaciones de poder, eliminando el motivo de atracción subversivo ante el tabú establecido en la intersubjetividad colectiva. El factum consolida con placer victorioso un orden social que, como todo estadum, debe estar sensorialmente incorporado en el zoon-politikon individual. Cuando la piedra se alza contra el padre jefe, el impulso es directamente subversivo al poder estatuido. La soberanía de lo politikon está agrietada: el orden social no dispensó al bienestar colectivo la satisfacción de apetencias habituales o nuevas. El hijo reasumió la libertad espontánea, el derecho natural presente en la lactancia materna: su desarrollo convalida todo consumo. El zoon es portador directo de estos rudimentos de subjetividad. La jefatura depuesta —el estado de naturalidad— es un vacío de soberanía del politikon: nihilismo. La desgravitación es un punto de fuga. El temor al zoon-brutum, existente en la subjetividad rudimentaria como nec-plus-ultra, impulsa a recrear nexos de sociabilidad: nuevos o restaurados. Revolución progresiva o conservadora —en realidad, prevalencia de uno u otro en un mixto pragmático.

El tótem, con sus kilogramos de maderamen moldeado, pero de buena fibra: perdurable, es la conquista del futuro. Sobre el cuerpo orgánico, material, del tótem se asienta el mito. El tótem es soberanía del politikon: poder de atracción de todas las miradas, poder de congregación de imágenes, poder de inducción de conductas. Este poder garantiza las condiciones de existencia de una sociedad dada. El summum de imágenes delinea el mito: la espiritualidad se emancipa del soporte natural.

El Asceta

El asceta es un hombre del desierto (no del vacío), del silencio y la soledad: en su introversión, opera a lo bisturí su subjetividad. ¿Necesita liberarse de "pecados"? ¿alejarse del brutum, doblegar el zoon? ¿trama arrojar la "primera piedra", o tal vez ya lo hizo?

El adolescente político, el militante juvenil, suele ser un asceta. "Si prescindimos del ideal ascético, entonces el hombre, el 'animal' hombre, no ha tenido hasta ahora ningún sentido. Su existencia sobre la tierra no ha albergado ninguna meta" (Federico Nietzsche).

El salto ontológico se encuentra, y produce, a través de la gestación de posiciones teleológicas. La finalidad consciente es el acicate más tenaz para el desarrollo de las fuerzas subjetivas; y el asceta busca la captación de esta feracidad teleológica en el "desierto", es decir, en contraposición a las exigencias fisiológicas y materiales de su ser en sí mismo, pasivo e inmovilizado en cuanto a potencia. En su "ser-dentro-de sí", en cambio, está plenamente activo, aún cuando se ha sustraído del río heraclítico, porque a través de un momento de ahistoricidad promueve, genera, otra historicidad, un hic et nunc, un momento concreto

donde él es alguien: "ser-para-sí". En su ejercicio individual de independencia, el asceta autodestruye los nexos de subordinación y no acepta que sus sentimientos se desplieguen sobre la realidad tal como está dada. En definitiva, ejercita nexos de poder. Se disciplina para concebir el mundo de otro modo, prepara su intelecto para una objetividad distinta. Busca los nexos que permitan engendrar las condiciones ya dadas, pero interdependientemente de las que desea conscientemente.

Sobrepuesto al "reino de la necesidad"; decidido al "reino de la libertad" (el desarrollo de las fuerzas humanas que son un fin en sí mismas, al decir de Marx), el asceta es crisálida que necesita salir de sí mismo. Del silencio y la soledad —del desierto—, lo saca de la imaginación. Ha exigido de sí mismo lo que quiere exigir de los demás —eureka ascético. Luego de su proceso de des-socialización, requiere de la imaginación como poder de re-socialización.

La Imaginación

Ha sido el ethos lo que lleva al asceta hacia cierta ahistoricidad que no es nihilista, que no es la muerte. Y que además determina su integridad subjetiva hacia la gestación de ideales teleológicos. Es la fuerza del "ser-dentro-de sí". Pero luego, el proceso de la transportación fuera de sí, hacia el hic et nunc concreto, histórico, hacia el río de Heráclito, exige de otra fuerza creadora inversa al bisturí-interior. Exige la aguja que enhebra imágenes. Ahora es el artista. El adolescente político, el militante juvenil, tiene mucho de artista: su primer poder es el de imaginar (y tal vez lo viceversa).

"Reino de la libertad". Libertad es poder de la imaginación, de generación de las condiciones en las cuales afirmar una existencia consciente. Concebir la obra, y plasmarla. Modelar la propia humanidad. Establecer los nexos funcionales con el futuro —y el pasado— en virtud de lo que son: objetividades del presente: utopías; tal vez obras literarias con posiciones teleológicas, irrupciones subjetivas que socavan el concreto sociohistórico y lo movilizan: rueda de la historia. La libertad-imaginación es destrucción del espacio dado, del pragma. Se proyecta en la intersubjetividad a través del signo o símbolo —figura—. Es pictografía o ruptura de la pared de la gruta; o de los límites del "mundo": Picasso. Es discontinuidad, ahistoricidad, ascetismo, disociación.

Consigna, lema, exclamación. Ruptura: la consigna pintada en la pared es discontinuidad del espacio-pared, desconexión en el decurso real. La mano que arroja la piedra, el asceta que se autoconstruye, el trazo de la consigna-símbolo: disocian y re-asocian. La reconstitución del politikon, la re-asociación, exigen imágenes convocantes: poder, aglutinación, agrupamiento, organización. Luego, Estado. Restitución del pater, sea nostrum o de las naciones. El mito —ser imaginario— es elemento unificante del ethos de una pluralidad de subjetividades. Constituye una nueva fuerza que nace de algo que el asceta avizó en su interioridad: el epos. Sabe de él y lo solicita cuando es "ser-fuera-de sí", y establece relación con las tendencias objetivas de la regularidad histórica. El concreto-histórico colectivo —Cordobazo, por caso— no tiene finalidad teleológica fuera de las subjetividades finitas que lo constituyen. El epos es la conciencia de estos actos ciegos en sí mismos, carentes de historia propia; pero también reside en subjetividades finitas. Aunque sólo se exprese en determinados desórdenes de las regularidades históricas objetivas. ■